

CLARÍN, 30 DE ABRIL DE 2002

TRIBUNA ABIERTA

Retazos de un pueblo que sufre

La raíz de nuestros actuales padecimientos debemos encontrarla en nuestro modo de actuar como sociedad que no ha logrado sostener proyectos honestos y pertenencias colectivas. Comprenderlo así es el comienzo de la salida.

Alberto Berro.

Hay dolores que nos llegan desde fuera, de la enfermedad repentina, del terremoto, o simplemente de la maldad ajena. Otros son, directa o indirectamente, consecuencia de nuestra manera de pensar y actuar. Ante los primeros tenemos el consuelo de sabernos víctimas inocentes, pero la desesperanza de que poco o nada podemos hacer para evitarlos. Ante los segundos, **la dolorosa tarea de enfrentar que el problema está en nosotros y tener que cambiar**, pero, a cambio, la considerable ventaja de saber que si lo hacemos podemos solucionarlos.

Todos los argentinos estamos sufriendo: unos mucho más, otros menos. ¿Ante cuál de los tipos de dolor nos encontramos? Si respondemos que el conjunto de la sociedad es mera víctima de la maldad de unos pocos, propios o extraños, tendremos **el alivio de nuestra inocencia colectiva, pero también la impotencia de saber que nuestro destino está en pocas manos perversas** de las cuales parece casi imposible liberarnos.

En cambio si respondemos que algo de nosotros mismos se encuentra en **la raíz de nuestros problemas económicos, políticos, institucionales y sociales**, y vemos a éstos como síntomas de cosas que no funcionan bien en la misma sociedad, quizá debamos enfrentar el dolor de la autocrítica, pero encontraremos con ella la esperanzadora certeza de que podemos cambiar, y contribuir así a la solución de nuestros males.

La "cosa pública" ha sido mirada durante décadas, por la Argentina pública y privada, de diversos estratos sociales y de diversas regiones del vasto y rico país, como una "vaca lechera" inagotable, y así, el dicho discepoliano, "el que no llora no mama", expresa insuperablemente la infantil actitud de exigir y reclamar todo al Estado, al cual

por otra parte nada le debíamos. Pero la "vaca" ya no es nutricia, se ha vuelto escuálida y moribunda, transformándose para subsistir en una sanguijuela que chupa la sangre a toda iniciativa de la sociedad. Me dirán que es culpa de las políticas corruptas e ineficientes, y es cierto. Pero en lo que leo y en lo que observo de la verbosidad actual no encuentro aún suficiente conciencia de que ha habido algo problemático en nuestra propia manera de ver las cosas.

Esta Argentina **que se parece tanto a un naufragio recrea una consigna muy apreciada por aquí: "salvarse"**. Algunos se "salvan" en nombre de la autarquía del poder judicial, otros aferrándose a la función pública abusando de las últimas gotas del Estado exhausto. Otros fundiendo la empresa pero conservando el capital, dejando un tendal de acreedores. Otros por las redistribuciones discrecionales de la riqueza producidas desde el poder político. Muchos pretenden lograrlo defendiendo sólo los intereses de su corporación. Muchísimos, haciendo de la evasión fiscal su "modus vivendi" sin notar que lo único que logran es serrucharse el piso mientras favorecen, "avivatos", que se continúe "cazando en el zoológico" de "giles" que pagan. Y no hay que ser experto para saber que en un naufragio hay muchos más ahogados cuando cada uno trata de salvarse por las suyas.

Nuestro mayor orgullo, la "viveza criolla", resulta patética desde afuera, desde los despreciados "gringos" que pagan sus impuestos y se detienen ante la luz roja aunque nadie cruce. Pero **reconozcámoslo: comenzamos a resultar patéticos para nosotros mismos**. Nuestra autoestima por el piso, ¿será el doloroso y humilde comienzo de un cambio de modo de pensar? Hay que evitar aquí, sin embargo, un falso optimismo: la ilusión de pensar que las crisis tienen una evolución natural por las cuales llegado un punto "se toca fondo" y viene el "rebote".

Mi optimismo, en cambio, radica en que **hay indicios de que estamos aprendiendo, desde el mejor maestro, el dolor**, ciertos principios que hacen sana a una sociedad. Uno es que no hay nación sin conciencia de solidaridad; y este rasgo, que se percibe intensamente en la sociedad civil, debe hacerse extensivo a toda nuestra actitud cívica. Inclusive hacia el Estado, ante todo por el funcionario que está a su cargo, pero también por parte del ciudadano. Abramos los ojos y veamos que la solidaridad no es sólo moral sino "ontológica": no somos solidarios solo cuando obramos solidariamente, sino que lo somos siempre, para bien o para mal, porque

estamos atados por nuestra pertenencia social a que el destino individual de cada uno sea inseparable del destino común, y por eso no es inteligente el "no te metás". No podemos "salvarnos solos", y esto vale también respecto de nuestros vínculos con el mundo.

Puesto que estamos "vacunados" contra los discursos éticos, lo que predico es una nueva viveza, no ya criolla sino universal: **la de la "inteligencia social"**, como se ha dicho. La de comprender que el patrimonio común no me es ajeno y que lo que sucede al conjunto me sucede a mí, el abecé de la cultura cívica de un pueblo. La de aprender que ningún argentino podrá lograr su bien particular o sectorial en el mediano plazo sino comprometiéndose desde su lugar a luchar por aquel otro bien indispensable para cada uno, que sólo puede alcanzar unido a los demás en sociedad política, y que los clásicos denominaron "bien común". La viveza, en fin, de **un inteligente patriotismo**, que no es la proyección colectiva de nuestro "ego", sino la conciencia de que no podremos recibir de la Nación (y de su organización, el Estado) si no nos ponemos a su servicio.

Ciertamente es necesario establecer normas claras, hacerlas cumplir y perdurar, ordenar el gasto y la recaudación, generar confianza a la inversión productiva nacional y extranjera, y hacer a nuestro país creíble y "normal" y volver a crecer. Pero somos una democracia, y esto implica que **ninguna dirigencia podrá lograrlo, aun teniendo el potencial para ejercer esa conducta ejemplar que tanto necesitamos si no cuenta con el apoyo de una sociedad** que toma conciencia, desde el sufrimiento colectivo, de los rasgos negativos de su idiosincrasia, y se decide a algo más que a reclamar derechos individuales y sectoriales, eligiendo propuestas serias que la ordenen como nación.